

Juana de Ibarbourou

JUANA de Ibarbourou es demasiado conocida para que necesite hacerlos su presentación. Y, sin embargo, por conocida que ella sea en alguna de sus composiciones, aun es ignorada en ciertos matices de su alma, acaso los de mayor valor.

Intimos y afectuosos lazos de amistad que a ella me ligan, me permiten tal vez mejor que a nadie, descubrir esos matices, que hacen de Juana algo más que la ninfa bella y despreocupada de sus poesías más conocidas.

Fresca, juvenil, encantadora, Juana apareció en el escenario lírico de América, en el instante propicio que necesitara su triunfo.

Nuestro mundo occidental, el único que consideramos en nuestro egoísmo como existente, salía apenas de la pesadilla de la Gran Tragedia. El espíritu, intoxicado de horror, anestesiado ya para el sufrimiento por el exceso mismo de la sangre y la devastación que habían superado a la más exacerbada de las imaginaciones, saturado de dolor, moral y físico, envenenado de Barbusse, de Andreieff y de Leonard Franck, escuchó una mañana inesperada, la fresca voz de agua de arroyo, de brisa perfumada, de alondra matutina, cuyos acentos había olvidado ya entre el fragor de las ametralladoras y la atmósfera irrespirable de los gases asfixiantes.

La tormenta bíblica, el terrible castigo del Jehová irritado contra los humanos, se alejaba ya bajo la sombra pacificadora de Versailles. Era entonces, la reacción violenta de la post-guerra. La humanidad, sedienta de placer, de frivolidad, de

olvido, quemó alegremente en los últimos rescoldos de la guerra, sus grandes preocupaciones trascendentales; y la Idea, grave y profunda, se inclinó, vencida ante la Imaginación deslumbrante y engañadora. Fué el reino de la novela de aventuras, de los dancings y de los cinemas. Los hombres se rebelaron tenazmente a pensar y a sentir, en una salvadora reacción de su sensibilidad, abocada a la locura de la *Risa Roja*, o al embota-

miento de los egoísmos desatados.

Epoca de desquiciamiento, de desequilibrio, en que vivimos nosotros, que alejados del escenario de la tragedia teníamos un poco más de serenidad, vimos, decía, extrañamente sorprendidos, a las viudas recientes, aligerar sus velos y acortar sus faldas para danzar más libremente; vimos a los inválidos olvidar sus heridas para bailar grotescamente en un doloroso espectáculo de heroísmo ridiculizado; vimos a Europa enloquecida, reír, reír en su danza frenética alrededor de la hoguera en donde terminaba de consumirse una civilización magnífica, y en donde echaban todavía fulgores

deslumbrantes, antes de perecer, los últimos ideales de pureza, de rectitud y de desinterés.

El mismo frenesí de las pasiones desatadas, había de aquietarlas otra vez... La salvadora reacción de la sensibilidad la conservó, y aun la afinó. El placer no podía colmar el vacío enorme que dejara en las almas el fracaso de todo ideal... En una humanidad profundamente sacudida, cada espíritu se afianzó en una raíz diversa; y, como monstruoso tentáculo que quisiera agarrarse del cielo para no caer, se levantó la nueva fe del misticismo de post-guerra.

Tal era el estado espiritual del mundo Occidente, cuando en este perdido rincón de América, se oyó la fresca y dulce voz de Juana de Ibarbourou; y ávida de serenidad, de paz y de alegría, América escuchó suspensa y estupefacta, el cantar de esa alondra que, como el ruiñón del monje del Valle Inclán, le hizo olvidar el rápido correr de las horas y de los días... Como una voz de la Naturaleza que nada sabe de sí misma, esta chicuela venida de Melo por los azares de un matrimonio juvenil, cantó su verso,



JUANA DE IBARBOURO